

Habitando ambientes oníricos, a veces fantásticos, se mueven los personajes de los cuentos que Reinaldo Cañizares ha recogido en este volumen. «Morir todavía» parece ser la decisión, el empecinamiento, de estos seres que, paradójicamente, no habitan en el mejor de los mundos posibles. El alcoholismo, los traumas provocados por la guerra, el peso de la traición en la conciencia, la corrupción moral y la miseria de espíritu... son el umbral de las historias de quienes, a pesar de todo, deciden luchar por la sobrevivencia. Personajes de hoy, atrapados en la evolución del presente cubano. Hombres y mujeres cuyos conflictos se elevan a una dimensión universal.

Un elevado nivel de factura y economía de recursos, donde el lenguaje conciso y la sequedad de frases matizadas de silencios garantizan la rotundidad del golpe, son elementos muy bien aplicados en los cuentos que conforman esta compilación.

Mario Brito Fuentes



Reinaldo Cañizares Morir todavía

Morir todavía

Reinaldo Cañizares

CAPRO
cuento

Cierro los ojos y me veo chiquito, viviendo todavía en Granadillo Viejo; mis hermanos, mis padres y los abuelos con una vejez tan cansada y tranquila que ni siquiera el tiempo rejuvenece. También había un baúl en el cuarto – donde todo era permitido – y un espejo grande, decíamos las palabras mágicas frente a él y a l otro día dentro del baúl aparecían juguetes. El muro de las imágenes se evapora envuelto en humo.

- Hay que apurarse – dijo.

«Los tres mosqueperros»: Viruta, Varón, mi hermano y el Guajiro que es el marido de mi sobrina Gudelita. Ellos se me han adelantado pero aún no los distingo.

El camino se adentra en el monte y ambos lados los matorrales y las hierbas empiezan a cambiar. Esto es Granadillo Viejo.

Ayer estaban abundantes aquí, pienso agachándome.

Hemos andado kilómetros y lo único visto son rastros de los animales en la tierra, nada.

¡Mala suerte!, como diría el capitán Galán en su lucha contra los malvados de las Galaxias. Ni él mismo conoce la forma de detener a los marcianos. Cuando parece que ha acabado con ellos, al otro día vuelven con nuevas tretas.

Todavía se fastidia la javita, pienso.

Yo vivo en una casita detrás de la de los viejos – difuntos ya – y trabajo de auxiliar de producción en el Molino de piedras de José. Los domingos me voy de casa o a pescar y es entonces que nos satisfacemos de verdad y mi mujer, que es obrera de la cooperativa de Cuquín, se permite conversar un rato con las vecinas.

A mí esos diálogos no me hacen falta, lo mío son los muñequitos: en el televisor, los libros o cualquier periódico cómico. A cada rato tiro una mano con Miguelito el chino, en el maíz o los frijoles, a treinta pesos el día y el almuerzo. «Nadie en este país gana eso», dice él, pero con todo nunca salgo del subdesarrollo ¿Quién entiende?

De los que vamos yo soy el que más conocimiento tiene del monte y me entretengo sacando unos cangrejos de la cueva, mis dedos prendidos a los suyos, movimiento que no conducen a ningún lugar sino a una larga, dolorosa espera. El caso es que al rato ya no veo a los otros.

- ¡Eh, Varón!

Pero en vano, solo me responde el chirrido de las esperanzas y el piar de los pájaros.

Allá ellos que son los que van a virar vacíos.

De vez en cuando me detengo y escucho. Tomo de nuevo el rumbo. Nada. Ya el sol va de mediodía abajo y lo que tengo en el saco son diez o doce cangrejos y unos huevos de yaguasa. Lo que me queda es regresar abriendo camino, pero cuando más apurado se está menos se avanza; me enredo con los bejucos y el marabú y al final tengo que valerme del cuchillo.

- ¡Eh, Varón, Viruta!

Parece que responden muy lejos. Me detengo... silencio. Con unos tajos más acabo de liberarme de la bejuquera. Mi ropa es un ripio y tengo el cuerpo lleno de arañazos, una navaja de verraco me ha cortado la mano, pero no siento el dolor porque tengo la sangre caliente. Para colmo llega el cansancio y al quitarme el sudor de encima de los ojos puedo ver que ya he cruzado y recruzado por el mismo lugar. Ando perdido.

Todo por la dichosa javita que ni siquiera es para mí o por el jueguito, me lamento.

Busco asiento en una lometa de tierra. Al poco rato quiero levantarme, pero las piernas se me enredan, huyen. No sé el tiempo que estuve ausente, mas al despertar tengo la impresión de que han pasado días, semanas. La conciencia primero de la dureza del suelo, después la ardentía del sol en el pecho y en la espalda.

Estoy casi muerto. Sí, porque veo una sombra deslizarse a mi orilla. Desde el cielo una tiñosa me mira.

- ¡Soy el abominable hombre de las nieves! - grito para asustarla.

Me levanto retardando el instante final, me obligo a pensar que voy a morir cuando yo quiera y que los otros darán conmigo, aunque en el fondo sé que cuando un hombre se pierde a sí mismo, cualquier forma de esperanza es la mentira que le permite soportarse un poco más, siempre un poco más...

A mí alrededor, en el borde de la tarde sin tocarla están los sonidos; es difícil distinguirlos, una especie de llanto del que de cuando en cuando se desprende una nota que lo mismo puede ser de risa que de dolor ¡Solavaya, los perros jíbaros!

El miedo me sube a la cabeza y todo lo que es mal presentimiento viene a la mente.

La memoria y sus nombres apenas se distinguen, perdidos en el azul de esta tarde dibujada por el mismo que coloreó el monte, las veredas, el estero... todo en una intimidad que se confunde con presencias amenazadoras e invencibles.

Empiezan a agruparse los mosquitos. Arranco un gajo y ramalazos van y ramalazos vienen. Intento refrescar los pensamientos y entre tanto meto la mano en el bolsillo para sacar un tabaco. Pero, ¿cómo? Ni tabaco ni fósforos ¿Y el saco con los cangrejos? Todo se ha extraviado, mientras anduve dando tumbos y rompiendo malezas. Junto con la noche se me viene encima el abatimiento ¿Y ahora qué?

Ya ni diez ramajos dan abasto y por eso camino me meto dentro de un lagunato, dejando afuera de la nariz para arriba.

Mi mujer debe estar muriéndose de angustia porque ya Varón y los otros de seguro llevaron la noticia. Pero ¿quién más va a preocuparse?

Estos son mis pensamientos cuando algo da un coletazo en medio del agua.

- ¿Qué fue eso?

Me acuerdo de *El elefantito y el cocodrilo* y de la Madre de agua que algunos han visto por estos rumbos, por eso salgo a lo seco como un desenfrenado.

Así cuando la luna se levanta yo no sé si estoy lleno de ronchas o soy una sola grandísima; agarro unas hojas de pelo de burro y me las meto en la boca. La vista se aclara y vuelvo sentir la barriga pegada a la espalda.

Me acuesto boca abajo.

Los cangrejos eran el completo de la java que es para Félix, el jefe de maquinaria del molino. Este es un tipo chévere, yo me decía, porque a cada rato alguno de los trabajadores le traía una javita y también por lo de la carretilla.

Ahora ya no siento los huesos apretados contra mí mismo, más bien un mareo suave
¿Estaré engordando?

Vueltas y vueltas, ese algo dentro y fuera, aunque en todo alrededor no se ve un alma.

Tengo el lugar completo para mí, nadie me vigila ni estoy obligado a nada, ni siquiera empujo la carretilla de los escombros ni paso la escoba. Se acabó la agonía por el dinero y la casa.

- ¡Soy el Rey Rojo!

Grito y me golpeo el pecho como hacía Mafuca, el gorila.

¡Soy el Rey!, le advierto a los mosquitos que de seguro no han visto a Alicia en el país de las maravillas, y sus picadas son como caricias.

Los demás ya lo saben.

Agradable sentarse en el límite de la oscuridad y la luz a contemplar los árboles llenos de hojas, que se transformarán en cenizas de mis viajes de la casita al molino, o lo que es igual desde la muerte hasta la propia muerte.

Según camina la noche las sombras van formando siluetas enemigas, enredados en ellas me persiguen fantasmas, se acurrucan pedazos de algo que se burla de mí: ¡ladrón, basura, guataca!

Pedazos de algo, me doy ánimos, ni siquiera bestias. Las bestias son enteras y violentas, pero estos son retazos, inofensivos payasos inútiles.

¡Ladrón, basura, guataca!, repiten y es que yo sé o creo saber que los lugares y las gentes se alegran o sufren, pero al final serán siempre los mismos, eternos, semejantes, procurando en vano lo que fue y que ya no es.

No, no soy un ladrón ni un guataca coño. Soy un hombre y no aguanto más.

Uno empieza a sacar en la carretilla dos o tres bloques debajo de los escombros, al otro día un macito de cabillas jorobadas, luego coges más valor y sale un saco del polvo gris; al final nada más va una cápita de desperdicios y debajo el volcán.

Félix miraba y miraba sin abrir la boca. Quería explicarle que lo hacía por necesidad, que con ciento cuarenta pesos no se puede y mucho menos con una casa cayéndoseme arriba; pero no lo hice porque tiene tremendo carácter y si venía a ver me espantaba una sanción por la cabeza, cuando mejor saliera.

¡Tienes miedo, tienes miedo!, susurran desde los árboles.

Pero no fue por eso que me aconsejé con el Fabre, que es camaján viejo en la maquinaria y se las sabe todas.

- Tienes que entrar en el juego – me dijo.
- ¿Qué juego?
- El de las javitas, negro, o ¿tú eres comemierda?

No aguanto más y mil veces lo he dicho, pero hoy no aguanto más de verdad y no es que esté desesperado sino esa cosa que se siente en el estómago, en el pecho y después en la cabeza.

¡Tienes miedo, tienes miedo!, repiten.

Destellos blancos hechos de iluminaciones, risas naciendo del tiempo y el desafío, pero también del desprecio y hasta del adiós. Me cubro los oídos con las manos tratando de olvidar un pasado próximo por uno más antiguo.

¡Soy un hombre y no le tengo miedo a nada!

Grito así por engaño. Le tengo pánico a la muerte, no tanto a esta que tengo casi encima y que es solo el soplo de una brasa que se apaga; sino a la grande, la cuenta de todas las chiquitas y que me ha obligado durante años a empujar una vagoneta de suciedades, a robar bloques y sacos de cementos, a arrastrarme como una lombriz detrás de Miguelito el chino, a regalar una java a cada rato.

El sol me sorprende garabateando palabras en las que nunca había pensado con la punta de un palo en el suelo.

Es bueno remover el olor a tierra, a plantío. Por eso no escucho las voces que me llaman hasta que están muy cerca. Aprieto en mi mano el palo afilado.

- ¡Constante! ¡Constante! – una y otra vez.

Son muchos. Después todo el monte es silencio, solo el chillido de una lechuza y la añoranza y el recuerdo de mi gente.

¿Será posible que todos esos se hayan preocupado por mi suerte?

Sonrío hacia los árboles.

- Me buscan, no soy tan basura.

Oigo risas.

Las ideas se perdieron, sin formas, pero pegadas, apretadas a mí y ahora irrumpen desde lo profundo de los tiempos, entre susurros apagados por el retorno de los recuerdos.

No hay regreso, me digo.

Mis padres, los abuelos, el baúl... todo evaporado, fundido en gelatina oscura de sentimientos.

- ¡Constante! ¡Constante! – más cerca.

Imagino de qué se ríen. Encuentro muy rara esas voces.

Ya lo reconozco, ja, es un truco. Marcianos conquistando la tierra, ellos penetran tu mente y forman los cuerpos y las voces de tus seres queridos; los vi hacerlo en *Las aventuras de Matías Pérez*, de la revista *Pionero*.

Me oculto entre los matorros esperándolos. Nubes blancas y transparentes que se tiñen de naranja y siguen sobre el fondo de otras grandes y moradas.

- ¡CONSTANTE...!

Deben existir cien mil formas de librarse de uno, pero ellos escogen la más dolorosa.

Ya están a tiro.

- ¡No quiero morir! – grito y me levanto con la lanza en alto.

Mi hermano Varón es el primero...